



PUPILA
DE
ÁGUILA

**ALFREDO
GÓMEZ
CERDÁ**



GRAN
ANGULAR

Pupila de águila

ALFREDO GÓMEZ CERDÁ





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

Primera edición: junio de 1989

Cuadragésima quinta edición: mayo de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Xohana Bastida

Coordinación gráfica: Lara Peces

Cubierta: Eduardo Nacarino

© del texto: Alfredo Gómez Cerdá, 1989

© Ediciones SM, 1989, 2018

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-557-8

Depósito legal: M-10239-2018

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Charo,
todas y cada una
de las palabras de este libro.*

«Un pajarillo vino llorando, lo quise consolar,
toqué sus ojos con mi pañuelo: pupila de águila,
pupila de águila».

VIOLETA PARRA

Martina giró despacio el pomo de la puerta y empujó con suavidad. Asomó la cabeza y miró a un lado y a otro del pasillo. Las visitas se habían marchado y el silencio era casi total. Arrastró la pierna hacia el exterior, apoyándose en el quicio de madera. Sintió un leve pinchazo en el tobillo y no pudo contener una exclamación de dolor.

–Quejica –se burló Clara, la joven enfermera que la había atendido después de la operación y que en ese momento atravesaba el pasillo con un montón de carpetas en la mano.

–Si te doliese a ti... –se lamentó Martina.

–¿Te ayudo?

–No, gracias. Ya puedo moverme sola. No soy una inválida. Si quieres, hasta te llevo alguna carpeta.

–¡Qué valiente!

–El doctor Fernández me ha dicho que ande. Quiero que mañana me dé el alta.

–¡Qué ganas tienes de perderme de vista!

–A ti, no. Eres... la mejor enfermera del mundo.

Clara rio con ganas. Le dio unas cuantas carpetas y la agarró del brazo.

–Tú no es que seas la mejor paciente del mundo, pero... se te puede soportar.

–Estoy deseando volver a la calle. Sentir de nuevo el aire contaminado, el ruido... No sé, esas cosas.

–Pero si solo llevas tres días aquí...

–¡Tres días! ¡Una eternidad!

–¡Exagerada! ¿Se han ido tus padres ya?

–En este momento estarán sacando los billetes para el expreso de esta noche.

–¿Se vuelven al pueblo?

–Mi madre quería quedarse unos días más, pero no la he dejado.

–¡Qué mala eres!

–Mis hermanos están solos en el pueblo y yo estoy bien. Podría hasta bailar.

–¡Hala!

–¿Que no?

Martina se volvió de pronto hacia un lado y dejó sobre una mesita las carpetas que llevaba; a continuación tomó a la enfermera por la cintura y, con la pierna a rastras, inició unos pasos de baile.

–¿Te gusta el vals o prefieres un *rock and roll*?

–¡Suéltame! –Clara no podía contener la risa–. No seas loca, te vas a hacer daño.

–*El Danubio azul* –continuó Martina–. «La-la-la-la-la, la-la, la-la...».

De pronto, la última puerta del pasillo, la que dividía los dos pabellones, se entreabrió y por la rendija asomó un rostro anguloso, con unas gafas milagrosamente sujetas en la punta de una nariz descomunal.

–¡Ejem! –carraspeó el rostro anguloso–. ¿Qué sucede aquí?

Clara se separó al momento de Martina, sujetándola siempre del brazo por miedo a que perdiera el equilibrio.

–Disculpe, doctor Serrano, es que...

Aunque lo intentó adoptando extrañas posturas, no consiguió sujetar las carpetas, que cayeron al suelo con estrépito.

El rostro anguloso abrió unos ojos como platos. Martina se dirigió a él.

–El doctor Fernández me ha dicho que ande. Es parte de mi rehabilitación. Clara me estaba ayudando.

El rostro anguloso volvió a carraspear y desapareció tras la puerta, que se cerró lentamente.

Clara arrimó a Martina a la pared.

–Apóyate, no te muevas.

Luego, se agachó y comenzó a recoger las carpetas con rapidez.

–Acabarán echándome del hospital –se quejó.

–A ti no pueden echarte.

–¿Ah, no? Tú no conoces al doctor Serrano. Es un chinche. Además, no soy fija todavía, y este hospital tiene unas normas muy rígidas. Si no las cumples al pie de la letra, a la calle.

–Se ha creído que me estabas ayudando.

Clara terminó de recoger las carpetas.

–Si hubiese sido otro, tal vez. Pero el doctor Serrano...

–¿Adónde vas?

–Tengo que dejar estos historiales en la sala de enfermeras.

–Te acompaño.

–¿Quieres ponerme en otro compromiso?

–Seré buena –Martina juntó las manos en actitud suplicante–.

Por favor, déjame ir contigo.

–Anda, vamos; pero yo llevaré las carpetas. Apóyate en mi hombro.

Atravesaron el pasillo, y al llegar a la puerta que dividía los pabellones, se detuvieron un momento. Clara abrió una de las hojas y entró de espaldas.

–Pasa –le dijo a Martina–. Yo sujetaré la puerta.

Martina se agarró al marco y traspasó el umbral, golpeándose de refilón con la hoja que permanecía cerrada.

–¡Ay! –exclamó.

–Ten cuidado.

–No te preocupes. Me he dado en la pierna buena.

Clara movió la cabeza de un lado a otro, sonrió ampliamente y ofreció a la enferma su hombro de lazarillo. Poco antes de llegar a la sala de enfermeras, se cruzaron con la nariz descomunal del doctor Serrano.

–Buenas tardes –dijo Clara.

–Buenas noches –contestó el médico, subiéndose con gesto nervioso las gafas que le resbalaban por la nariz.

–El doctor Fernández me ha dicho que empiece a andar y Clara me está ayudando –repitió Martina, tratando de echar un capote a la enfermera por el incidente anterior.

El doctor Serrano clavó los ojos en la pierna vendada de Martina.

–¿Qué te ha pasado? –le preguntó.

–Pues... una caída, una mala caída. El doctor Fernández me operó, pero mañana me va a dar el alta.

El doctor Serrano arqueó las cejas, volvió a colocarse las gafas en su sitio y se marchó sin más comentarios.

–Tiene un rostro siniestro –comentó Martina en voz baja–. Yo no me dejaría operar por él.

–¡Tonterías! Es un médico buenísimo.

Poco antes de llegar a la sala de enfermeras, vieron cómo la puerta de uno de los ascensores se abría. Salió primero una enfer-

mera; luego, una camilla empujada por un camillero, y por último, un médico.

—A la cuatrocientos veinticuatro —dijo la enfermera.

El camillero tomó la dirección que le indicaban. Clara y Martina se arrimaron a la pared para dejarle pasar. Y aunque la visión apenas duró cuatro o cinco segundos, Martina descubrió sobre la camilla a un muchacho más o menos de su edad, muy pálido, el pelo revuelto, los labios cárdenos... La botella de suero se balanceaba en el gancho de metal sobre la cabecera.

Martina siguió con la mirada la camilla hasta que desapareció tras la puerta de la habitación.

—Espérame aquí —le dijo Clara—. Voy a dejar estas carpetas y enseguida te acompaño a tu habitación.

Martina se recostó contra la pared muy cerca de la puerta de la sala de enfermeras, donde habían entrado también el médico y la enfermera que acompañaban a la camilla. Desde allí podía oír lo que se decía en el interior.

—Le he administrado un sedante —advirtió el médico—. Si por cualquier motivo se despertase, avísenme de inmediato. Pasaré la noche en Urgencias.

—De acuerdo, doctor —respondió la enfermera.

—¡Inmediatamente! —recalcó el médico—. Ese muchacho ha intentado suicidarse.

Se oyó una exclamación y algún comentario. Si Martina no hubiese estado apoyada en la pared, tal vez se hubiese desplomado. Al oír las últimas palabras del médico, había sentido un ahogo en el pecho que apenas le permitía respirar; era una opresión terrible que le ascendía con estremecimiento desde el estómago y que la hacía sudar por todos los poros.

El médico y la enfermera salieron de la sala y se encaminaron al ascensor.

—Los padres del muchacho están abajo.

—Dígales que su hijo está fuera de peligro. De visitas, nada. Mañana, a primera hora, que pasen mi informe a Psiquiatría.

Justo cuando el médico y la enfermera desaparecían en el ascensor, Clara salió de la sala.

—Vamos, Martina —dijo agarrándola del brazo—. ¿Te ocurre algo? ¿Qué tienes? —preguntó, alarmada por la crispación de aquel cuerpo, las convulsiones...

Pero Martina no podía hablar.

–¡Martina! –Clara le puso el dorso de la mano sobre la frente–. ¡Estás sudando! Vamos, te llevaré a tu habitación.

Martina caminaba como un autómata guiada por Clara, que no acertaba a comprender lo que le había sucedido a aquella muchacha jovial y optimista.

Atravesaron la puerta que dividía los dos pabellones.

–¿Te duele la pierna? –preguntó Clara, nerviosa–. ¿Es eso? Pero... contéstame, anda. Me estás asustando.

Llegaron a la habitación de Martina, y Clara se dispuso a acostarla.

–Avisaré al médico ahora mismo –comentó mientras arreglaba el embozo de la cama.

Martina estaba agarrada con las dos manos al piecero de la cama. Ahora todo su cuerpo temblaba, agitándose convulsivamente como si de un momento a otro fuese a estallar.

–¡Martina! –gritó Clara al verla, echando a correr hacia ella.

Los ojos de la muchacha brillaban intensamente, y su mirada, aunque clavada en el rostro de Clara, había perdido toda expresión. De pronto, un borbotón de lágrimas estalló en sus ojos y dos torrentes salados se precipitaron por sus mejillas.

–¡Martina!

La muchacha se abrazó a Clara. Aunque la enfermera repetía una y otra vez que iría a buscar un médico, Martina la apretaba con fuerza contra sí y no la dejaba moverse. Y el hombro de Clara se fue humedeciendo con las lágrimas de Martina.

Al cabo de unos minutos, la enfermera fue percibiendo cómo el cuerpo de la muchacha perdía rigidez, cómo las convulsiones cesaban, cómo la respiración se acompañaba... Se separó un poco de ella y le tomó la cara entre las manos.

–Pero... Martina...

Y Martina pudo hablar al fin.

–¿Por qué lo ha hecho? –dijo.

–¿El qué? ¿Quién?

–¿Por qué ha intentado suicidarse?

Clara, de pronto, adivinó los motivos de aquella congoja.

–¡Es eso! ¡Pobre Martina! Te ha impresionado ese muchacho.

Esta vez fue ella quien la abrazó y le habló al oído.

–No sé por qué lo ha hecho. Si yo lo supiera... Si lo supiera alguien, al menos... Cálmate. Por fortuna, ese muchacho está fuera de peligro.

Con suavidad, fue acercando a Martina hacia la cama. Le quitó la bata y la sentó en el colchón. Luego, la agarró de los hombros y consiguió que se tumbase.

—Así me gusta. Tranquilízate.

La cubrió con la sábana y, volviendo la cabeza cada pocos pasos, salió de la habitación.

Regresó al cabo de dos minutos con el doctor Serrano. El médico acercó su rostro anguloso de nariz descomunal a la muchacha, le puso una mano en la frente y con la otra le buscó el pulso en la muñeca.

—Ya se me ha pasado —musitó Martina.

—De todas formas, te daré algo para que duermas mejor.

—No, no hará falta.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

El doctor Serrano aún mantuvo sus dedos unos segundos sobre la muñeca de Martina. El pulso se iba acompasando poco a poco. Luego, mirando a todas partes, se dirigió hacia la puerta. Clara le acompañó.

—¿Ha cenado ya? —preguntó el médico.

—No, lo hará dentro de un momento.

—Que cene algo frugal: zumo, un caldo...

—Sí, doctor.

—Y si tarda en dormirse, le administra el sedante.

Tras la puerta de la habitación desaparecieron primero el cuerpo, después el rostro y, por último, la nariz descomunal del doctor Serrano.

Cuando Clara se volvió hacia la enferma, la halló tan feliz como en otras ocasiones: sonriente, simpática, alegre...

—¿Ya se ha ido el doctor Jekyll? —bromeó.

—El doctor... Jekyll, como tú dices, me ha ordenado que te dé un sedante si no te duermes pronto.

—Pero si aún no he cenado...

—¿Tienes hambre?

—Me comería..., me comería...

—Lo siento por ti. Esta noche estarás a dieta.

—¿A dieta? ¿Quieres que me muera de hambre?

Clara se encogió de hombros y sonrió. Antes de salir de la habitación, se detuvo un instante junto a la puerta entreabierta y asomó

la cabeza al exterior. Miró a un lado y a otro para comprobar que nadie estaba cerca. Luego se volvió a Martina.

–Órdenes del doctor Jekyll –le dijo.

–Pues ten cuidado con él; creo que está a punto de convertirse en *mister Hyde*.

A pesar de que sentía un gran alivio al ver de nuevo a Martina en perfecto estado, Clara no podía apartar de su mente a esa muchacha temblorosa que, minutos antes, se había agitado entre sus brazos poseída por un extraño terror.

Ya en la sala de enfermeras, comentó el caso con la enfermera jefe y esta la tranquilizó aún más, asegurándole que la reacción de la muchacha, inmadura todavía, era normal. El hecho de ver a un chico de su edad en esas circunstancias tan dramáticas habría alterado su sistema nervioso.

«Tiene que ser eso», se convenció Clara.

Poco antes de que el turno de tarde acabase, Clara decidió hacer una última visita a Martina. Entró en la habitación, que tenía la luz apagada, y vio que el carrito de la cena permanecía intacto junto a la cama. La muchacha parecía dormida. Se acercó un poco más para comprobarlo y fue entonces cuando descubrió los grandes ojos de Martina, abiertos y ausentes. Encendió la lámpara de la mesilla de noche.

–Creí que estabas dormida.

Ajena a todo, la muchacha canturreaba una canción en voz muy baja. No reaccionó ante la presencia de Clara. Cantaba, y su canción, apenas audible, parecía un profundo lamento:

*En mi arbolito brotaron flores negras y moradas.
Porque el correo vino a buscarlo, mis ojos lloraban.*

–¡Martina! –Clara la agarró de un brazo y lo agitó con suavidad.

–Hola, Clara –respondió Martina esbozando una leve sonrisa.

–No has cenado.

–El caldo estaba muy caliente.

–Ya se ha enfriado. Tómatelo.

–No tengo ganas.

–Entonces tendré que darte el sedante.

–Está bien, tomaré el caldo –Martina se incorporó un poco en la cama.

Clara le acercó la taza.

–¿Qué cantabas?

–Una canción de Violeta Parra.

–¿Violeta Parra?

–¿No la conoces?

–No.

–Eres muy joven para conocerla.

–¡Pero bueno! –exclamó la enfermera–. Pues si yo soy joven, tú, mocosa, ¿qué eres?

Martina sonrió.

–Yo me sé de memoria casi todas las canciones de Violeta Parra.

–Tendrás que dejarme algún disco para que yo pueda conocer también a esa señora.

–No. Podrías estropearlos.

Martina terminó de beber el caldo y entregó la taza a Clara. Luego se dejó caer en la cama y se tapó con la sábana hasta los hombros.

–¿Tienes sueño? –preguntó la enfermera.

–Sí.

–¿No hará falta el sedante?

–No –respondió Martina con los ojos cerrados, y añadió–: No puedo dejarte esos discos. No se los he dejado a nadie.

–¿Por qué? –preguntó Clara con curiosidad.

–Porque eran de mi hermano mayor.

–¿Solo por eso?

–Sí.

Clara iba a preguntarle por su hermano mayor, del que no tenía ninguna noticia; pero viendo cómo el sueño se apoderaba de Martina, se limitó a recoger el carrito de la cena y a sonreír con dulzura. Antes de marcharse, añadió:

–Mañana procuraré llegar un poco antes. Si el doctor Fernández te da el alta, podré despedirme de ti.

Martina no respondió.

La enfermera apagó la luz y salió sin hacer ruido. Entonces, Martina abrió los ojos y de nuevo comenzó a canturrear:

*Quise curarlo con mi cariño, mas el pajarillo
guardó silencio como una tumba hasta que amaneció.*